



# UNIDAD II



EL SER HUMANO COMO SUJETO  
Y OBJETO DE LA FILOSOFÍA Y  
LA PSICOLOGÍA

# UNIDAD II: EL SER HUMANO COMO SUJETO Y OBJETO DE LA FILOSOFÍA Y LA PSICOLOGÍA

## INTRODUCCIÓN A LA UNIDAD II

En la Unidad No. 1, pudiste apreciar cómo los seres humanos se sintieron cautivados desde los primeros tiempos por el sentido de lo invisible. Dicho interés parece seguir presente en nuestros días y tan vivo como antaño. Ésta es una de las explicaciones posibles a nuestra inclinación por los fenómenos y procesos psíquicos que de entrada, sólo hemos podido estudiar de forma indirecta.

Sin embargo, esta vocación no es propia de la psicología; incluso, de la filosofía. Se trata una característica inherente a la razón humana. Es la razón la que postula el orden, intuye que no existe el azar, que la naturaleza no actúa a placer, que la percepción suele ser fenomenológica y no alcanza a percibir que los fenómenos naturales, psíquicos y sociales, se conforman por un conjunto de causas o factores que determinan o influyen en su existencia y valor (Alvarado, 1973).

De entrada, esto se convierte en un misterio. En un principio, fue respondido o al menos explicado a partir de elucidaciones sobrenaturales vinculadas con el animismo y el mundo de la religión. El Oriente dejó buenos ejemplos de ello. El mundo de *Psiqué* (alma) estaba allí, integrado a prácticas mágicas que

coexistían con prácticas religiosas y con las primeras explicaciones racionales de la enfermedad (física y mental), producto de observaciones más o menos sistemáticas.

El concepto de psicólogo obviamente no existía; el de filósofo, tardaría. Nos encontramos en un punto en el que los antiguos chamanes y curanderos institucionalizaron su conocimiento y la posesión del saber a través de las religiones prístinas. Al respecto, Ritter y Preller (1934) destacan cómo en la antigüedad, Diógenes Laercio señalaba que la producción filosófica existió entre los bárbaros, pues hubo magos entre los persas; astrólogos entre los babilonios, asirios y caldeos; gimnastas entre los indios. Igualmente, cuentan entre los “filósofos” al fenicio Mokhos, al tracio Zalmoxis y al libio Atlante. Lo anterior revela una realidad cultural: para los hombres de la antigüedad, existía una compenetración tal entre el universo y el hombre, que resultan prácticamente indisociables el alma (la mente), el cuerpo, el mundo y los dioses. Surgen prefiguraciones de la tríada filosófica.

Sin embargo, la inquietud ha caracterizado más a los seres humanos que la pasividad y la inamovilidad. Si de algo podemos estar seguros es que las oleadas migratorias de África y el Cercano Oriente; incluso de regiones alejadas como la India. Estos grupos migratorios tuvieron una buena acogida en un epicentro del planeta que sería referente cultural e intelectual durante siglos: el extremo sur de la península balcánica y las costas del Asia Menor, que pronto se extendería a regiones más alejadas como el sur de Italia y enclaves en las costas del Mediterráneo tanto en Europa como en el Norte de África.

Esta cultura, a la que genéricamente conocemos como griega, supo aquilatar el conocimiento y desarrollo de los pueblos que le precedieron, al punto que sintetiza el desarrollo de la humanidad hasta ese momento, permitiendo que el Occidente cultural emergiera con fuerza y vitalidad antes no conocidas.

Desde luego, se puede leer con la misma perspectiva el desarrollo cultural de los pueblos helénicos durante el período formativo que durante la Grecia clásica. La cultura y el pensamiento nunca son algo acabado y definitivo de una vez y para siempre. Eminentemente hay una evolución. Temprano, aparecen una serie de “sabios” ligados fuertemente a escuelas iniciáticas y esotéricas que a su vez dominaban distintas actividades como la matemática, la cartografía, la astronomía de observación, la ingeniería, entre otras.

A estos sabios, que abandonan el anonimato: Tales, Solón, Periandro, Cléobulo, Quilón, Bías, Pítaco, de los que sólo hemos tenido algunos pocos datos dispersos y reconstrucciones llenas de imaginación (incluso desde tiempos antiguos), al punto que algunos llegan a confundirse con semi-divinidades, llegan a nuestros días bajo la denominación genérica de presocráticos. Esta nómima llegará a robustecerse con el paso de los siglos. En su conjunto, abarcan una serie de siglos que dan fe de lo dilatado que ha sido el proceso de desarrollo intelectual de los seres humanos.

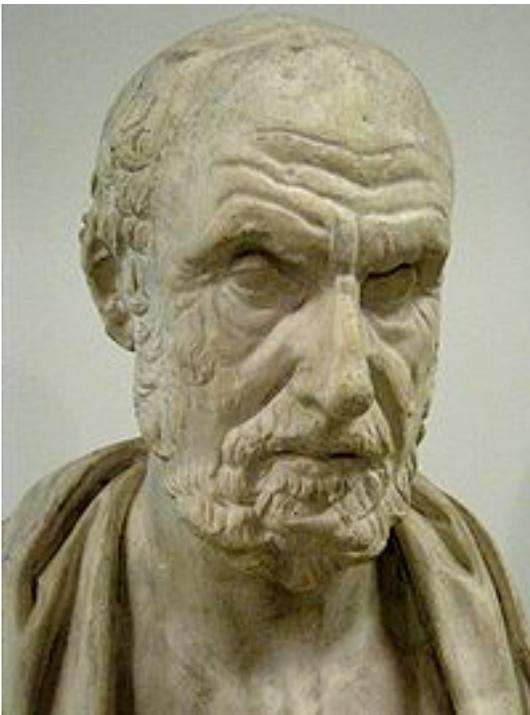
En un sentido general, existe un acuerdo de que con ellos, los presocráticos, nace la filosofía. Ya Diógenes Laercio advertía su importancia para la cultura. Al respecto, asegura Zubiri (1974) “no es simplemente la primera en la serie cronológica de las filosofías, sino el primer esfuerzo filosófico realizado en la historia (...) Es la primera ascensión del espíritu humano al filosofar y con ello la palabra primero no significa tanto comienzo como (sino) fundamental. Por esta razón la filosofía tiene que volverse como insistencia sobre esos pocos fragmentos dispersos. Y la propia filosofía griega, en su época de plenitud, tiene que dialogar constantemente con los presocráticos”.

El problema central a partir del cual se desarrollaron las primeras cavilaciones filosóficas gira en torno a la *Physis* (naturaleza); luego, la reflexión siguió la senda de la metafísica. Lo cierto es que *Psiqué* (*alma*) aparece de manera discreta, ligada todavía a la magia y a la religión (como un hábito fundamental)

a través de los ritos órficos (el cuerpo como tumba del alma que anhela regresar a la unidad divina de la que procede).

*Psiqué* no es, de modo alguno, el centro de la discusión filosófica. Es hasta el advenimiento del matemático Pitágoras, donde encontramos ideas más estructuradas respecto al alma que prácticamente conforman una prototeoría que sin apartarse de la impronta órfica, aparecerán los elementos fundamentales que se conservarán hasta los filósofos clásicos: la transmigración del alma y el problema de su inmortalidad, el dualismo mente-cuerpo, la división del alma en tres partes, las facultades del alma, entre otros.

### **Para Hipócrates, “Sólo la Naturaleza cura”**



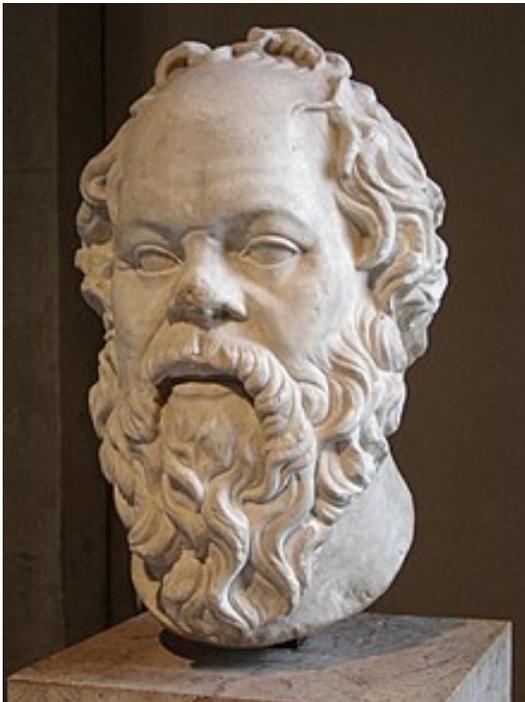
En una línea diferente, tenemos que situarnos en el de la práctica clínica. Ciertamente, se ha cuestionado mucho la actitud de los griegos hacia la ciencia (*Matema*) y en general, hacia la tecnología. El problema puede tener una salida si analiza con cierto detenimiento qué entendían ellos por ciencia y las formas de practicarla. En ese sentido, la medicina ocupa una posición un tanto intermedia entre *tékhnē iatrikē* (arte) y *Logos* (estudio). Al igual que los sabios, los médicos no pudieron ligarse del todo de las

prácticas religiosas, que ya no mágicas y e ello, hay un avance sustantivo. Al igual que con los sabios, conocemos algunos centros médicos muy activos en el Mediterráneo: Cos y Cnido y algunos de sus representantes: Alcmeón y Galeno.

Estos centros médicos eran escuelas en el sentido más amplio. No sólo se dedicaban a la enseñanza y a la práctica de la medicina; antes bien, se trataba de escuelas filosóficas “prácticas”, que llevaban a la clínica sus concepciones del hombre, de la salud, de la enfermedad, de la felicidad, del sufrimiento, de la naturaleza, del universo. Siglos después, ya en el mundo romano, aparecería el célebre Galeno, que de alguna manera representa una continuidad pero a la vez, avance para la práctica de la medicina.

Este aspecto resulta importante porque representa uno de los primeros intentos de la psicología por explorar otros campos como los de la psicología de la salud, la psicofisiología, la neuropsicología y la psicología clínica en general. A través del modelo biomédico que se retomaría hacia el siglo XIX, la psicología empezó a interesarse no sólo en el alma como una abstracción, sino en la relación mente-cuerpo traducida en el entendimiento de personalidad, los procesos de salud-enfermedad, los trastornos psicosomáticos o la histeria (hoy, trastorno de conversión).

### **Los sofistas o los primeros maestros. Sócrates y la virtud**



Alrededor del siglo IV, la polis de Atenas vivió la invasión de los macedonios. En contexto, las ciudades-Estado de la antigua Grecia vivieron guerras constantes que permitieron su ascenso o caída y destrucción. Atenas vivió sus procesos políticos particulares. Desde las reformas jurídicas y políticas de Clístenes (hacia el siglo VI a. de C.), hasta las invasiones de Filipo (siglo IV a. de C), se vivió un largo y nutrido proceso democrático al que la historia ha conocido como

democracia ateniense. Si bien, era de carácter sorteadivo y no consideraba el mérito, fue uno de los primeros intentos en la humanidad por acotar el poder político.

Esto no se daba de facto. La democracia exigía entonces como hoy, de la participación activa de los ciudadanos. Dentro del modelo político ateniense, el Aerópago, se convirtió en el epicentro de la discusión política y jurídica por excelencia, encargado de velar por la constitucionalidad de las leyes y su aplicación por parte de los magistrados.

Es entonces cuando la palabra oral y la capacidad oratoria y para debatir, no sólo se convirtieron en un preciado bien. Toman dimensiones políticas y jurídicas sustantivas. Pero el sistema educativo ateniense (*paideia*) se limitaba a la formación de los jóvenes aristócratas en materias concretas: la apreciación y recitación de la poesía, la lecto-escritura, las operaciones matemáticas básicas, tocar algún instrumento y sobre todo, la gimnasia. La enseñanza de la retórica quedaba ausente o desdibujado de la formación.

Aparecen entonces los sofistas. Maestros en el uso pleno de la palabra, dominaron el arte de hablar, de objetar, de defender un punto de vista aún cuando no estuviesen de acuerdo con él y cambiar de modo de parecer si fuese necesario. Aprendían el conocimiento de los grandes maestros, no lo generaban, pero lo volvían accesible a los jóvenes y cobraban una tarifa por ello; motivo por el cual, fueron despreciados por los filósofos de su tiempo.

No sólo enseñaban oratoria y retórica. Su trabajo tomó una dimensión política. En buena medida enseñaban el cultivo del *areté*; esto es, la excelencia en el pensar, en el hablar, en le actuar. Su planteamiento pedagógico consistió, pues, en dotar al alumno de las experiencias prácticas de la vida, que necesitaban en ese tiempo.

Los sofistas eran hombres cultos; habían leído, viajado, conversado, discutido, sabían de muchos temas; conocían el mundo más allá de las fronteras de las

pequeñas ciudades donde habían nacido. Esto motivó el rechazo a los dogmatismos religiosos, las imposiciones de los gobernantes locales, los absolutismos de los filósofos. Conocían el poder de la palabra y lo ejercían; entendían las pasiones políticas y actuaban frente a ellas.

Esta actitud vital e intelectual promovió que la filosofía dejara de poner los ojos en una realidad externa: *la Physis* (naturaleza) y tornara al sujeto cognoscente en objeto de conocimiento. El Hombre se convierte en “la medida de todas las cosas”; surge así el antecedente remoto del humanismo que emergería como corriente de pensamiento durante el Renacimiento europeo.

Para la psicología esto sería sustantivo. Al convertirse el hombre en el problema central de la filosofía, se avanzó notoriamente en la reflexión acerca de *Psiqué* (alma), su naturaleza, sus facultades, sus procesos. Se le atribuye a los sofistas haber descubierto la subjetividad humana, aspecto central para la psicología.

De Sócrates poco sabemos, salvo por las referencias fundamentales de Platón. Su obra no está escrita. De lo poco que podemos rescatar es que vivió en el apogeo de los sofistas a quienes les mostró su animadversión. Sócrates es por mucho, el prototipo del filósofo, quien convierte a la filosofía en una forma de vida, congruente con lo que pensaba. De lo que hemos rescatado de él se destacan dos tópicos: a) su interés por la virtud y la conducta virtuosa y b) el método de la filosofía (la Mayéutica). En esta unidad podrás profundizar en estos temas.

## **OBJETIVO DE LA UNIDAD**

Ubicar el desarrollo psicológico dentro del pensamiento de los filósofos presocráticos y de las escuelas médicas griegas.